

pie en su estribo de algodón, el observador más suspicaz no podía menos de tomarla por una tórtola incorporada, por capricho de la naturaleza, al tabernáculo terrestre de alguna ave de rapiña.

No había mujer, como ella, para rondar y escudriñar en la casa. ¿Como hacía para que simultáneamente se la encontrase en todos los pisos? Era inexplicable. Una dama en quien el sentimiento de las convenciones parecía ingénito, emparentada, además, con familias tan distinguidas, no podía saltar per encima del tramo ó dejarse caer de arriba abajo, por llegar más pronto; y, sin embargo, la facilidad extraordinaria con que iba de un punto á otro hubiera podido justificar las suposiciones más fantásticas. Otra circunstancia, también notable en la Sra. Sparsit, era que nunca se apresuraba por nada. Se trasladaba con la rapidez de una bala desde el desván al piso bajo, sin que perdiera aliento ni dignidad en el momento de su arribo. Dudo que ningún ojo mortal la viera andar con paso precipitado.

Se mostró muy cortés con el Sr. Harthouse y cambió con él algunas palabras amables. Poco después de llegar á casa del Sr. Bounderby, le hizo su reverencia majestuosa en el jardín, después de almorzar.

— ¡Cómo pasa el tiempo! Parece, caballero, — dijo la Sra. Sparsit — como si fuera ayer que tuve el honor de recibirle en la casa de banca, cuando V. tuvo la bondad de venir á pedirme la dirección del Sr. Bounderby.

— Es una circunstancia que no olvidaré en todo el curso de las edades — respondió el Sr. Harthouse, inclinando la cabeza hacia la Sra. Sparsit, con aire indolente.

— Vivimos en un mundo muy extraño, caballero — dijo la Sra. Sparsit.

— He tenido el honor, por una coincidencia que constituye mi orgullo, de hacer igual observación, aunque no en términos tan vivos.

— Digo un mundo extraño, caballero — prosiguió la Sra. Sparsit, después de responder á su cumplido, bajando las pestañas negras, lo que dió á su semblante una expresión que se armonizaba perfectamente con el tono meloso de su voz — un mundo extraño en lo que se refiere á nuestra actual intimidación con personas que ayer nos eran desconocidas. Recuerdo, caballero, que en tal ocasión llegó V. á decir que la Sra. Gradgrind la daba miedo.

— Su memoria me honra más de lo que mi poca importancia merece. Aproveché sus indicaciones, corrigiendo mi timidez, y creo inútil añadir que fueron acertadas. El talento de la

Sra. Sparsit en todo... en una palabra... en todo lo que requiere acierto... entreverado de cierta fuerza moral... y espíritu de familia tiene bastantes ocasiones en qué manifestarse, de modo que no pueda caber duda de ello.

Hubiérase creído que iba á dormirse con este cumplido, por el tiempo que necesitara para llegar al fin y la distracción que, haciéndolo, había demostrado.

— ¿Ha encontrado V. á la Srta. Gradgrind (á la verdad, no puedo acostumbrarme á llamarla Sra. Bounderby, pues sería absurdo de mi parte) tan joven como yo le había dicho? — preguntó la Sra. Sparsit.

— Me hizo V. su retrato á maravilla — dijo el Sr. Harthouse. — El parecido es perfecto.

— Es una persona muy amable — dijo la Sra. Sparsit, haciendo rodar sus mitones uno sobre otro.

— Amable en extremo.

— En otro tiempo se notaba — dijo la Sra. Sparsit — que la Srta. Gradgrind carecía de animación; pero confieso que, al parecer, ha ganado mucho en este particular. Me ha dejado sorprendido. Mire: ahora viene precisamente el Sr. Bounderby — exclamó la Sra. Sparsit, con varias inclinaciones de cabeza consecutivas, como si no hubiera temido ojos y oídos bas-

360.  
150.  
210.  
260.  
310.  
360.

tante para él. — ¿Como sigue V. esta mañana, señor? Vamos, un esfuerzo y póngase un poco más alegre.

Cátate, pues, que esta obstinada perseverancia de la Sra. Sparsit en querer aliviar la miseria de su huésped y aligerar el peso de su fardo, hizo que el Sr. Bounderby fuera más dulce que de ordinario para con ella y más duro que de costumbre para con los demás, empezando por su esposa. Así, cuando la Sra. Sparsit le dijo con forzada alegría: « Necesita V. almorzar, señor; pero no creo que la Srta. Gradgrind tarde en venir », el Sr. Bounderby contestó:

— Si aguardo á que mi mujer se ocupe de mí, señora, sé bien que tendré que aguardar hasta el día del juicio. Le ruego, pues, que se tome la molestia de prepararme el te.

La Sra. Sparsit consintió y volvió á tomar su primitivo sitio en la mesa.

Nueva ocasión se ofrecía á la Sra. Sparsit para demostrar mucho más sentimiento. ¡Era tan humilde que, al presentarse Luisa, se levantó diciendo que nunca hubiera pensado en sentarse en aquel lugar, y menos ahora, aunque durante largos años hubiese tenido el honor de preparar el almuerzo del Sr. Bounderby, antes de que la Srta. Gradgrind (mil perdones, quería decir la Sra. Bounderby... esperaba que se la

dispensaría, pues ella no podía acostumbrarse á ello, aunque contaba en breve familiarizarse con tal expresión) hubiese aceptado la posición que ocupaba ahora! Si se había permitido acceder al deseo de una persona cuya voluntad, desde mucho tiempo, era ley para ella — agregaba — obedecía á que la Srta. Gradgrind se había retrasado un poco y el tiempo del Sr. Bounderby era precioso... enfin, porque sabia de larga fecha lo necesario que era para él almorzar á hora fija.

— ¡No! Quédese V. ahí, señora — dijo el Sr. Bounderby — quédese V. en el mismo sitio. La Sra. Bounderby se alegrará de que le evite V. esa molestia, puede estar segura de ello.

— No diga eso, señor — replicó la Sra. Sparsit, con tono casi severo. — Esto es demasiada descortesía para la Sra. Bounderby, y no está en el carácter de V.

— Tranquilizese, señora... ¿Verdad, Lu, que lo mismo te da? — dijo el Sr. Bounderby á su esposa, con acento malhumorado.

— Es verdad ¿Qué puede importarme? ¿Por qué quieren que esto me moleste?

— Y á nosotros. ¿Qué quiere V. que esto nos haga, Sra. Sparsit? — dijo el Sr. Bounderby, con un sentimiento de dignidad ofendida. — Ya vé, señora, la poca importancia que á estas

cosas da V. ¡Por san Jorge! Aquí á uno se le hará renunciar á sus amadas tradiciones domésticas. Tiene V. ideas muy rancias, señora. ¡Véngame ahora á hablar de los hijos de Tom Gradgrind!

— ¿Qué es lo que tiene V...? — preguntó Luisa, friamente extrañada. — ¿Quién le ha ofendido?

— ¡Ofendido! — repitió Bounderby. — ¿Piensa V. que no lo hubiera dicho ya, si se me hubiese ofendido? ¿Que no hubiera pedido reparación? Tengo la costumbre de hablar con franqueza. No voy con rodeos.

— Á la verdad, no supongo que nadie haya encontrado á V. demasiado discreto ó demasiado delicado en la expresión de sus sentimientos — respondió tranquilamente Luisa. — En cuanto á mí, debo decirle que jamás he tenido que hacerle ese reproche, ya como niña, ya como mujer. No sé lo que quiere V.

— ¿Lo que quiero? — replicó el Sr. Bounderby. — Nada. Por lo demás. ¿cree V., Lu Bounderby, que yo, Josué Bounderby, si quisiera algo, no me arreglaría para obtenerlo?

Como daba golpes en la mesa, haciendo retumbar las tazas, Luisa le miró con el semblante animado por un rubor orgulloso: ¡Otro cambio! pensó el Sr. James Harthouse.

— Esta mañana se hace V. incomprendible — dijo ella — pero no se tome la molestia de dar más explicaciones, se lo ruego. No soy curiosa ni quiero saber más.

Terminada esta discusión, el Sr. Harthouse se puso á hablar de cosas fútiles con alegría indolente. Pero á partir de aquella fecha, la influencia ejercida por la Sra. Sparsit en el Sr. Bounderby contribuyó á que Luisa se acercase á James Harthouse, enajenando más de su marido á la joven esposa y aumentando esa confianza peligrosa en un extranjero, á la cual se había ella abandonado gradual é insensiblemente, de modo que actualmente, de quererlo, no hubiera podido retroceder. ¿Lo deseaba? ¿No lo quería? Este es un secreto que permaneció oculto en su corazón.

Estaba la Sra. Sparsit conmovida de tal modo, que después del almuerzo, cuando entregó al Sr. Bounderby su sombrero y hallóse sola con él en la antecámara, le imprimió un casto beso en la mano, diciendo: « Bienhechor mío. » y se retiró llena de tristeza. Es, sin embargo, un hecho incontestable para el autor, que conoce bien esta historia verídica, que cinco minutos después de abandonar el Sr. Bounderby su casa, con el mismo sombrero puesto, la propia nieta de los Scadgers, parienta aliada de los

Powler, agitó con aire de amenaza su mitón derecho, bajo la nariz del retrato de su protector, haciendo una mueca despreciativa á esta obra de arte y diciendo:

— Muy bien hecho, imbécil, me alegro mucho.

Acaba el Sr. Bounderby de salir, cuando Bilzer apreció. Este había llegado con un mensaje de Pedro-Loge, en el tren que en aquel momento marchaba, silbando y alborotando por los viaductos, que estaban emplazados sobre las minas de hulla, pasadas y presentes, de aquel país inculto. Traía una esquila urgente, anunciando á Luisa que la Sra. Gradgrind estaba muy enferma. Nunca había estado bien la pobre señora, por lo que recordaba su hija: pero de algunos días á aquella parte había empeorado su estado, y se había abatido mucho durante la noche pasada. Estaba en aquel instante tan próxima á la muerte, como creía estar cerca de algo que exigiera, para salir del paso, la sombra de una imposible veleidad, con su carencia de medios volitivos.

Acompañada por el más rubio de los ordenanzas, servidor pálido y bien elegido para abrir la puerta de la muerte, á la cual llamaba la Sra. Gradgrind, Luisa fué con el tren á Cokeville, por encima de las minas de hulla, pasadas

y presentes, viéndose pronto absorbida por las humeantes máquinas de aquella ciudad devoradora. Mandó al mensajero á su trabajo, tomó un coche y se hizo llevar á su antiguo domicilio.

Pocas veces había vuelto á él, desde su matrimonio. Su padre estaba siempre en Londres, ocupado en mover y remover el montón de ceniza parlamentaria, sin extraer de él lentejuelas ni lingotes, y en aquel momento se hallaba aun allí atareado en farfullar el acopio de escombros nacionales.

Su madre, siempre acostada en un canapé, consideraba las visitas de su hija como motivos de molestia; Luisa no se sentía dispuesta á acompañar á los niños; no se había siquiera ablandado para con Sissy, desde el día en que la hija del saltimbanqui levantara los ojos, para mirar con aire de tierna compasión á la prometida del Sr. Bounderby. La Sra. Bounderby no sentía deseos de visitar la casa paterna, y no había vuelto á ella.

Acercándose á la morada de su niñez, no sintió despertarse en ella aquellos dulces recuerdos que se relacionan con el hogar paternal: los sueños de la edad primera, sus fábulas etéreas, las decoraciones graciosas, encantadoras é imposibles con que la imaginación embellece un mundo aun desconocido. Todas aquellas ilu-

siones, que bueno es haber tenido en la vida alguna vez y recordar cuando se es demasiado viejo para volver á creer en ellas, no podían prender en ella, dada la infancia descolorida que le hiciera pasar su educación. Para ella no se evocaban tales recuerdos de la juventud, unos después de otros, como la Caridad atrae hacia sí á todos los niños; no querían volver á formar para ella, con sus manos inocentes, en los caminos pedregosos de este mundo, un jardín al que bueno sería que acudiesen todos los hijos de Adán, para desvanecer con más frecuencia el desencanto, al calor del sol antiguo, entregándose á la confianza sencilla y candorosa, en vez de mostrarse orgullosos de la sabiduría alcanzada con las miserias de esta tierra. No, Luisa era bien estraña á tales ensueños. Antes de llegar á la razón, no pudo recorrer los caminos encantados de la imaginación, por los que habian pasado tantos niños antes que ella. En el término de su carrera mágica, no había encontrado la razón, como una divinidad bienhechora, inclinándose ante divinidades no menos poderosas que ella. La razón se le apareció en los primeros tiempos como un ídolo sombrío, helado y cruel, al modo de un tirano feroz que hace desaparecer á sus víctimas atadas de pies y manos,

nadie se ocupa de ello. No me siento nada bien, Luisa. Estoy débil y muy aturdida.

— ¿Sufres mucho, querida mamá?

— Creo que el dolor está en algún sitio de este cuarto — dijo la Sra. Gradgrind — pero no estoy segura de si lo experimento.

Después de esta contestación extraña, guardó silencio durante un rato. Luisa, al tocar la mano de su madre, no sintió latir el pulso; pero al acercarla á sus labios, vió palpitar en ella una señal de vida menguada.

— Casi nunca vienes á ver á tu hermana — dijo la Sra. Gradgrind. — De día en día, mientras crece, se va pareciendo más á ti. Quisiera que la vieses. Sissy, tráigala á mi lado.

Le llevaron la niña, y permaneció allí en pie, con la mano en la de su hermana. Luisa observó que Jane había venido con el brazo en torno al cuello de Sissy, y sintió la diferencia de este recibimiento.

— ¿Ves cómo se te parece, Luisa?

— Sí, mamá. Creo que se me parece. Pero...

— ¿Eh? Sí, es lo que digo siempre — exclamó la Sra. Gradgrind, con una vivacidad inesperada. — Esto me recuerda... Tengo... tengo que hablarte, querida mía. Sissy, haga el favor de dejarnos solas un momento.

Luisa había soltado la mano de Jane; el

semblante de su hermana era más sonriente y feliz que no había sido el suyo; había visto en él, con movimiento de despecho, hasta en la habitación de su madre moribunda, un reflejo de la dulzura de aquella otra cara también presente: tierno semblante, de mirada ingenua, que se había vuelto pálido por las veladas y la simpatía, pero más pálido aún por el contraste de una abundante cabellera, negra como azabache.

Al quedar sola con su madre, Luisa advirtió una calma lúgubre, que se esparcía por el semblante moribundo; se hubiera dicho que iba arrastrada por la corriente de algún gran río, sin oponer resistencia y aun feliz con ser llevada. La joven atrajo de nuevo á sus labios la sombra de una mano, y dijo para que su madre volviera en sí:

— ¿No ibas á decirme algo, mamá?

— ¿Cómo?... Ah! sí, sí. Ya sabes que tu padre está ahora ausente. Es preciso, pues, que yo le escriba sobre este particular.

— ¿Sobre qué particular? No te preocupes así, mamá. ¿Sobre qué particular?

— Recordarás, querida mía, que al decir algo, sobre cualquier cosa, no veo nunca el fin de ella y, por consiguiente, he dejado ya, desde mucho tiempo, de expresar mi opinión sobre las cosas.

— Te escucho, mamá.

Pero Luisa tuvo que acercarse á su oído y seguir con atención el movimiento de sus labios, para poder recoger, al objeto de darles sentido, voces muy débiles y entrecortadas.

— Has aprendido mucho, Luisa, y también tu hermano. *Hologías* de toda especie, desde la mañana hasta la noche. Si alguna *hología* existe que no se haya gastado hasta el exceso en mi casa, sólo espero que no hablen más de ella.

— Te oigo bien, mamá. Esfuérzate sólo un poco, para continuar.

Luisa decía esto para impedir que su madre se dejara llevar por la corriente demasiado á prisa.

— Pero existe una cosa que no se halla en las *hologías*... Tu padre la ha omitido ó la ha olvidado, Luisa. No sé de fijo lo que es. Pensaba en ello, cuando Sissy estaba aquí, sentada á mi lado. Ahora ya no podré recordar el nombre. Esto me dá inquietud. Quiero escribirle y rogarle en nombre del cielo que lo descubra. Dame una pluma, dame una pluma.

No tenía fuerza para moverse; solo su pobre cabeza seguía meneándose de derecha á izquierda y de izquierda á derecha, no pudiendo disponer de otro lenguaje.

Se figuró, no obstante, que se le había dado lo que pidiera y que tenía entre los dedos la pluma, á pesar de que no la hubiera podido sostener. Poca importancia envuelven las letras ininteligibles que escribía imaginariamente en los sobres. No tardó en quedar inmóvil la mano que las trazara; se apagó la luz que diera brillo tan débil y dudoso á aquella sombra chinesca, medio borrada, y la Sra. Gradgrind, á pesar de su corta inteligencia, se sintió revestida de la gravedad imponente de los sabios y de los patriarcas, al salir de las tinieblas en que el hombre se arrastra y se agita en vano.

## CAPÍTULO XXVI

### LA ESCALERA DE LA SRA. SPARSIT

Como los nervios de la Sra. Sparsit se resistían á tonificarse, esta digna señora hizo una estancia de algunas semanas en la villa Bounderby, donde se resignó á alojarse y alimentarse como una princesa, á pesar de la inclinación cenobítica de su espíritu, fundada en un sentimiento de las convenciones, por razón de su empobrecido estado. Mientras duraron aquellas vacaciones, la guardesa de la casa de